

Brecha digital, la barrera entre la élite *on-line* y los parias *off-line*

Alfonso Vázquez Atochero *

La informática se ha impuesto en la sociedad actual e internet se ha ido popularizando: ha dejado de ser un reducto de extravagantes para ser una realidad paralela. No podemos negar su importancia, y quien no domina este campo, queda fuera de juego. No estar al día excluye social y laboralmente. Vivimos en una época donde los medios tecnológicos están condicionando sobremanera el desarrollo social y los procesos comunitarios que conforman nuestro día a día. Este fenómeno de tecnificación se ha desarrollado paralelamente al de globalización. No es que la tecnología se desarrolle con fines altruistas, aunque mediáticamente sea muy grandilocuente afirmar tal extremo que el desarrollo de esta sirve para mejorar la calidad de vida de la humanidad. Nada más lejos de la realidad, pues esta revolución es la que está quedando más sectores sociales fuera del terreno de juego. Y es que como afirma el aforismo popular, a río revuelto ganancia de pescadores. Este crecimiento repentino ha conseguido que se polaricen aún más los sistemas sociales. Es decir, que los estamentos sociales tienden a situarse entre extremos de la distribución normal de la sociedad, eliminando los términos medios, generando unas élites evidentemente minoritarias y unas lumpenclases de tamaño desproporcionado. Y este desequilibrio se puede detectar en economía, cultura, política y cualquier elemento social que tomemos como referencia. Así, la tecnología -en manos de unos poco gigantes del mercado- no sólo no ayuda a la humanidad en su conjunto, sino que facilita una distribución asimétrica que condena a un ostracismo perpetuo e irreversible a una gran parte de la población mundial.

* Miembro del Grupo de Investigación de Innovación en Educación y Salud (GIIES) de la Universidad de Extremadura, España.

Cuando se fueron consiguiendo elementos de calidad que ahora son indiscutibles como el agua corriente o electricidad en los hogares pocos fueron los que se quedaron fuera de esta nueva mejora. Sin embargo, en el desarrollo digital han primado los aspectos comerciales sobre los aspectos sociales. El acceso a Internet no se considera una necesidad sino más bien un elemento más de consumo y estatus social. Sin embargo esta perspectiva puede generar una perversa división entre aquellos que tienen acceso a estos recursos y los que no. Porque no olvidemos que si una familia no tiene luz o agua, aparte del drama que ello supone, hará que se activen unos mecanismos sociales de defensa. Sin embargo, la falta de acceso a la sociedad de la información no activará ninguna de estas alertas, lo que hará que los entornos que no dispongan de este acceso sigan cada vez más aislados de aquellos que consigan entrar.

La hiperconectividad es un beneficio colateral de esa globalización que citábamos anteriormente. Una globalización diseñada para que capitales y empresas pudieran desplazarse de manera cómoda, efectiva y rápida por el planeta. Un factor más de protección de un capitalismo galopante que buscaba el beneficio inmediato de aquellos que diseñaba en este sistema. Sin embargo, un resquicio quedaba abierto a la humanidad en este proyecto. Y es que el desarrollo imparable de los medios de comunicación y de transporte en los últimos decenios ha conseguido que la humanidad, entendida como un sistema de base sobre el que se construye cualquier modelo económico, pudiera aprovechar y utilizar este tipo de mejoras en beneficio propio. Y eso es importante porque nunca antes en la historia de la humanidad se había ofrecido un panorama similar.

Estamos viviendo una revolución cultural y social, un cambio de paradigma basado en la relación ser humano-maquina que condiciona, sobre todo, a los más jóvenes, a los ciudadanos del futuro. Sin embargo, una brecha separa a los que dominan las nuevas tecnologías de los que se han quedado atrás en esta carrera hacia el futuro. Esta brecha digital provocará una escisión entre dos grupos sociales bien diferenciados. El analfabetismo tecnológico marcará claramente las condiciones laborales, y estamos condenando, dejando condenarse, a una parte importante de jóvenes. Hace unas décadas el gran problema de la educación, y por ende de la sociedad en general, era el analfabetismo. La gente que no sabía leer ni escribir interpretaban el mundo de otra manera. Para ellos era ajena la magia que un texto puede aportar a un letrado. Además eran excluidos del proceso cultural, y en el ámbito laboral eran ubicados en puestos extrarradio. En nuestra época hemos creado una nueva forma de analfabetismo, el tecnológico, y con el paso de las dos últimas décadas, verdadera transición entre la sociedad analógica y la sociedad digital, se ha convertido en una gran preocupación. Hasta tal punto que el fenómeno

genera y seguirá generando dos estamentos sociales postmodernos: los integrados y los parias de Internet, y en entre ellos la Brecha Digital, un escollo que en algunos casos se presenta como insalvable. A partir de aquí, podemos plantearnos una reflexión retroactiva ¿Crea más sesgo la Brecha Digital del que creó la Brecha Analógica? ¿Será tan trágico el futuro para aquellos que no se integren en la "nueva moda"?

1. NUEVAS DESIGUALDADES EN LA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN.

Requena analiza la exclusión en las redes como la cara opuesta a la solidaridad (Requena, 2008: 66-69). Trata esto procesos no como una novedad, pero si aprecia en ellos una nueva dimensión, potenciada por la globalización. Si a nivel global podemos hablar de grandes áreas geográficas excluidas, hasta países completos, también destaca la exclusión dentro de las áreas más favorecidas, donde se ceba en grupos sociales específicos, como ancianos, jóvenes, pobladores de extrarradio o población rural. Es lo que denomina cuarto mundo como forma de exclusión dentro de una misma área geográfica frente a tercer mundo como formas de exclusión entre áreas geográficas diferentes y diferenciadas. Tras esto cita Castells afirmando que la sociedad de la información presenta grandes agujeros negros de exclusión y desigualdad. Continúa tratando el informacionismo, como corriente insoslayable que crea una línea divisoria, estableciendo quién está fuera y quién dentro. Además, destaca el peligro de la fuerza de estos agujeros negros, en los que es fácil caer pero muy difícil salir y, son tan graves para es sociólogo que llega a hablar de muerte social (Requena, 2008: 67-69).

Por su parte, Tezanos afirma que el desarrollo de la ciencia no va a ser neutral socialmente, sino que responde a una serie de coordenadas políticas (Tezanos, 2001: 67). Por ello, justifica que de las tres típicas preguntas que se formula la antropología, las dos primeras (¿Quiénes somos?, ¿de dónde venimos?) pierden sentido mientras que la tercera toma una nueva dimensión. El ¿hacia dónde vamos? es la cuestión que debe plantear los esfuerzos de los investigadores sociales. Citando a Freeman Dyson, Tezanos recuerda que si “los avances del siglo XIX y XX fueron en general beneficiosos para el conjunto de la sociedad extendiendo el bienestar a la vez entre ricos y pobres con un cierto grado de equidad”, (luz, agua, televisión, teléfono, antibióticos, vacunas...) en proceso actual (en las tres nuevas tecnologías: de la información, biotecnología y neurotecnología) se dejan entrever impactos desigualitarios, ofreciendo poder y riqueza a las personas con habilidades y poder para entenderlas y controlarlas. Dyson lleva las consecuencias de dominar la tecnología más allá del simple

acceso a ordenadores e Internet (no es más que un producto de consumo). El alcance perverso de estas nuevas tecnologías se basa en “la tendencia a destruir a las antiguas tecnologías, haciendo que las personas adiestradas en el dominio de estas, queden excluidas de mercado laboral e, incluso, del social. El peligro es que se siga premiando a los ricos y se pase por alto a los pobres, acentuando las desigualdades en la distribución actual de la riqueza”. Y destaca Dyson que “el problema fundamental para la sociedad del siglo XXI es el desajuste entre las tres olas de la tecnología y las necesidades básicas de la gente pobre” (Tezanos, 2001: 69) .

Para Dyson, el desarrollo científico, cada vez más, está permitiendo el desplazamiento de la mano de obra manual, que pasa a ser sustituida por máquinas, y los ordenadores están desplazando a los trabajadores de oficina no cualificados. Según Dyson, en la sociedad de la información se producirán más tensiones y diferencias entre las personas ricas y pobres (Tezanos, 2001: 71).

Michio Kaku, también citado por Tezanos, recapacita sobre las dos visiones asombrosamente antagónicas que se producen sobre los efectos del desarrollo científico, ya que por un lado se ofrece la “posibilidad de un mundo futuro de prosperidad y tiempo libre, conocimiento ilimitado, comodidades sin precedentes y entretenimiento sin límites”, pero al mismo tiempo este mundo feliz se enfrenta ante una “pérdida sustancial de empleos, una agudización de las desigualdades [en informática, la brecha digital, aspecto principal de esta tesis] discriminación y nuevas formas de control social y dictaduras programadas al tipo un Mundo Feliz [Aldous Huxley] o 1984 [George Orwell]”. En resumen, Kaku teme que “la revolución informática arroje a la indigencia a millones de personas, sesgando la distribución de riquezas del planeta, creando una sociedad de pobres y ricos de la información y advierte que Internet es un fusil que apunta a todos los intermediarios: vendedores de seguros, banca de inversión, agencias de viajes [...] y que habrá que dirimir si creará nuevos puestos de trabajo para compensar los antiguos y permitir el crecimiento de una economía más productiva y prospera” (Tezanos, 2001: 70).

Más positivo se presenta Joan Majó, quien afirma que si a finales del siglo XX éramos 800 millones de humanos los que teníamos acceso a las comodidades del mundo digital, en un futuro a medio plazo, veinticinco o treinta años, estas mejoras se harían extensibles a un sector de población dos o tres veces mayor (Majó, 1997: 131). Para ello, admite que es necesario abandonar el modelo actual en que Europa, Japón y Estados Unidos marchen a un ritmo diferente al del resto del planeta y que se hace necesario una coordinación transnacional, compatible y extrapolable para que el bienestar sea patrimonio de la humanidad, apuntando que el comportamiento opuesto, es

decir, una actitud más conservacionista y elitista del reparto de bienes y bienestar es la mayor amenaza para el conjunto de la humanidad.

2. LA BRECHA DIGITAL.

Para Arturo Serrano y Evelio Martínez, “la brecha digital se define como la separación que existe entre las personas (comunidades, estados, países...) que utilizan las Tecnologías de Información y Comunicación (TIC) como una parte rutinaria de su vida diaria y aquellas que no tienen acceso a las mismas y que aunque las tengan no saben cómo utilizarlas” (<www.brechadigital.org>). Pero podemos analizar diversos factores de fractura: la edad, el sexo, la distribución geográfica, factores sociales, religiosos, culturales...

Cecilia Castaño aporta que la división digital o brecha digital partía inicialmente de la “existencia de colectivos de población incluidos y excluidos de la sociedad de la información en función de contar o no con acceso a ordenadores e Internet” (Castaño, 2008: 8). Pero a partir de los primeros momentos en los que se establece esta brecha, a medida que el número de usuarios aumenta y la que la Sociedad de la Información se comienza a instaurar como una tendencia inescapable de futuro, el fenómeno se sobredimensiona y podemos distinguir entre “dos divisiones o brechas: por un lado la imposibilidad de acceso por parte de determinados sectores, en razón de su sexo, edad, estudios”, etc. Y la segunda brecha haría referencia a la “intensidad y variedad de los usos, determinada por las capacidades y habilidades de los propios individuos. Castaño denuncia que esta brecha digital se convierte en una brecha de género que afecta sobre todo a las mujeres” (Castaño, 2008: 9).

Ballesteros empieza a explicar el concepto de brecha digital haciendo un repaso histórico sobre ciertas invenciones y cómo su uso produjo una cierta escisión en los primeros momentos. Así, nos recuerda cómo el ser humano, a lo largo de la historia ha ido incorporando invenciones y mejoras técnicas que han ido ayudando a mejorar el nivel de vida. Algunas han tardado mucho tiempo desde su invención hasta su implementación o mejora. Así, la electricidad requirió más de 75 años desde sus primeros usos domésticos hasta que su uso se hizo corriente en la mayoría de los hogares del mundo occidental (Ballesteros, 2002: 29). Otros inventos que han revolucionado o supuesto un salto trascendental de la humanidad, como la imprenta, requirieron mucho más tiempo antes de que su uso arrojara beneficios tangibles. A medida que ha avanzado la historia de la humanidad, la implementación de las invenciones se ha hecho más ágil, a la vez que el número de inventos y mejoras se hacía cada

vez más denso, lo que Ballesteros denomina “la gran aceleración del proceso de evolución de la humanidad”. Esta aceleración, remarcable a mediados del pasado siglo, marcó el tránsito de una sociedad industrial a una postindustrial, en la que “el sector servicios pasaba a jugar un papel muy relevante dentro de las actividades productivas y las relaciones sociales” (Ballesteros, 2002: 28) Si bien el tránsito de sociedades recolectoras a productoras duró siglos, este paso a una sociedad postindustrial y del conocimiento ha durado unos pocos años (Ballesteros, 2002: 29) . Además, añade que “toda innovación aporta, sobre todo en su inicio, progreso por una parte, y más desigualdad por otra” (Ballesteros, 2002: 64). De esta manera, la brecha digital es asimilada como un proceso natural que se da cada vez que una mejora se aplica a la sociedad, ya que hay quien sabe aprovecharla y quien se queda al margen, sufriendo una exclusión que, a la larga, se hace más grave.

Sin embargo, el mismo autor concreta que la brecha digital (digital divide) es un término que “comenzó a usarse en Estados Unidos a mediados de los años 90 para referirse a las desigualdades sociales que comienzan a surgir a medida que se desarrolla el uso de los ordenadores e Internet” (Ballesteros, 2002: 69-70) De la misma manera, precisa que no es extraño que sea en este país donde primero se detecte este fenómeno, ya que si bien no es un país donde la eliminación de las desigualdades sociales sea una prioridad, si que la vertebración y la cohesión social son un tema de preocupación entre pensadores y gobernantes. Para fundamentar esta afirmación, recurre a un informe de Departamento Federal de Comercio de este país, que en el año 2000 afirmaba que “algunas personas disponen de los ordenadores más potentes, el mejor servicio telefónico y el servicio de Internet más rápido así como la riqueza de contenidos y una educación y aprendizaje relevante para sus vidas... Otro grupo de personas no tiene acceso a los mejores y más modernos ordenadores, al servicio telefónico más seguro o al servicio de Internet más rápido y conveniente. La diferencia entre estos dos grupos es la brecha digital” (Ballesteros, 2002: 70-71).

No obstante, Ballesteros es más crítico con esta definición, basada en una problemática de partida de índole económica, la existencia o no de ordenador e Internet y se cuestiona la pertinencia de otros puntos de apoyo para defender esta brecha: ¿Es suficiente tener un ordenador o habría que considerar la capacidad de usarlo? ¿Es un ítem el acceso a Internet o debería serlo la falta de contenidos o motivaciones para determinados colectivos? ¿Está el uso del ordenador condicionado al nivel económico o al cultural?. Cuando hay un exceso de información, más importante que el acceso a la misma, es saber canalizarla. En palabras de Perry y Jupp, “el verdadero reto no es la exclusión, sino la exclusión por la información” (Ballesteros, 2002: 71-72).

De la misma manera, el autor aporta la visión de la OCDE, quien define el término como “el desfase o división entre individuos, hogares, áreas económicas y geográficas con diferentes niveles socioeconómicos con relación tanto a sus oportunidades de acceso a las tecnologías de la información y la comunicación como al uso de Internet para una amplia variedad de actividades” (Ballesteros, 2002: 73). Englobando las perspectivas citadas, Ballesteros destaca la presencia de cuatro puntos a tener en cuenta: disponibilidad de ordenador o dispositivo de acceso a Internet, posibilidad de conectarse, conocimiento de las herramientas básicas y capacidad para transformar la información en conocimiento (Ballesteros, 2002: 73)

David Alandete, en su reportaje “Internet también crea marginados”, nos hace reflexionar sobre la cara y la cruz de la moneda. Todo el bienestar que puede generar la sociedad de la información a veces queda vetado a algunos sectores y grupos de edad. Lo más afectados pueden ser los ancianos, aunque hay un alto porcentaje de jóvenes en riesgo de exclusión: “Hay jóvenes que dominan a la perfección los programas de chat y las redes sociales pero no saben cómo mandar un currículum en condiciones a través del correo electrónico. Son los marginados de la red, y ante una tecnología rápidamente cambiante, corren el riesgo de quedarse atrás”. En el mismo artículo se recoge la opinión de Ken Eisner, director ejecutivo de operaciones de la compañía sin ánimo de lucro One Economy quien cuenta que “la brecha digital existe. Si no se le quiere llamar así, también se puede hablar de desigualdad económica. Es la misma historia de siempre... Internet es el nuevo espacio público. El no tener acceso a la red, en muchos casos, no es una cuestión de decidir vivir en un lugar u otro. Es una cuestión de pobreza, de subdesarrollo urbano o rural” (Alandete, 2010).

Para Hakken, aunque crítico con las ideas sobre la revolución de las computadoras, afirma que “por supuesto, la gente, las sociedades y los estados que no participan en esa revolución tecnológica serían excluidos del progreso. En función de este razonamiento, ‘la brecha digital’ es vista como una división social definitiva, más importante que otras inequidades sociales” (Grillo, 2007). Pero ¿cuáles son los diferentes niveles en los que podemos clasificar a los usuarios a la hora de hablar quién está dentro y quién fuera del uso de las nuevas tecnologías y quiénes son los realmente afectados por la brecha digital? Un informe de la OCDE de 2006, citado por Castaño, establece tres categorías para intentar clarificar estos interrogantes (Castaño, 2008: 31):

1. Especialistas TIC, con capacidad para crear y mantener sistemas.

2. Usuarios avanzados de herramientas de software, para los que las TIC no constituyen una tarea esencial, sino que son una herramienta.

3. Usuarios básicos, capaces de usar de forma competente las herramientas genéricas para la sociedad de la información, siendo las TIC una herramienta, pero no la tarea esencial del puesto de trabajo.

3. CUANDO LA EDAD NO ES UN GRADO.

¿BRECHA DIGITAL O ABISMO GENERACIONAL?

Un factor de escisión social es la claramente la edad. El cambio generacional, que ha sido un motor de cambio a lo largo de la humanidad, no es un elemento de reciente aparición en nuestra sociedad; Sócrates afirmaba hace ya 24 siglos que "nuestra juventud gusta del lujo y es mal educada, no hace caso a las autoridades y no tiene el menor respeto por los de mayor edad. Nuestros hijos hoy son unos verdaderos tiranos. Ellos no se ponen de pie cuando una persona anciana entra. Responden a sus padres y son simplemente malos".

En las sociedades precedentes, el factor edad era un factor decisivo y de status, sin embargo, en las sociedades digitales el conocimiento y otros factores han producido un cambio en la balanza. La antropóloga Margaret Mead escribe, en 1970, que "hoy en día, en ninguna parte del mundo hay ancianos que sepan lo que los niños ya saben; no importa cuán remotas y sencillas sean las sociedades en las que vivan estos niños. En el pasado siempre había ancianos que sabían más que cualquier niño en razón de su experiencia de maduración en el seno de un sistema cultural. Hoy en día no los hay. No se trata sólo de que los padres ya no sean guías, sino de que ya no existen guías, los busquemos en nuestro propio país o en el extranjero. No hay ancianos que sepan lo que saben las personas criadas en los últimos veinte años sobre el mundo en el que nacieron" (Harris, 1990: 31). La sociedad digital conforma nuevos modelos de crecimiento no basados en conocimientos nuevos, y no tanto en la acumulación del saber de antaño. Por lo tanto, pierde vigencia el dicho popular de "sabe más el diablo por viejo que por diablos".

4. LA SEGUNDA BRECHA DIGITAL.

Otro factor a tener en cuenta a la hora de analizar y comprender el fenómeno de exclusión y marginación para acceder a la sociedad digital es el sexo. Es lo que se viene denominando la segunda brecha digital. Cecilia Castaño reflexiona y duda en torno a si Internet está generando una auténtica

sociedad digital, pero sí que acepta que las nuevas tecnologías de la información están conformando un nuevo escenario con unas reglas propias y, en su obra la segunda brecha digital, cita a Judy Wajman quien afirma que “las revoluciones tecnológicas no crean nuevas sociedades, pero cambian los términos en los que se desenvuelven las relaciones sociales, políticas y económicas” (Castaño, 2008: 7). Castaño, no obstante, valora las oportunidades que se ofertan ante el panorama de novedad que la red ofrece a sus usuarios, al encontrarnos una abundancia de opciones tecnológicas, organizativas y de relación social sin precedentes que están disponibles para todas y todos. Defiende que si generalmente la tecnología es una “fuente clave del poder masculino”, la mujer goza en la actualidad de la posibilidad de transformar esta tendencia, y que ha “de apropiarse de las herramientas tecnológicas y utilizarlas para transformar la sociedad de la información en igualdad y para la igualdad” (Castaño, 2008: 7).

Para Castaño la socialización y cotidianeidad de la red ha generado dos brechas o divisiones digitales: una primera brecha vendría marcada por “la imposibilidad de acceso por parte de determinados sectores, en razón de su sexo, edad, estudios”, etc. En cambio, la segunda brecha haría referencia a “la intensidad y variedad de los usos, determinada por las capacidades y habilidades de los propios individuos”. Castaño denuncia que esta brecha digital se convierte en “una brecha de género que afecta sobre todo a las mujeres ya que en lo relativo a los usos (intensidad, variedad) y a las habilidades, las mujeres se sitúan en una posición de clara desventaja frente a los hombres al realizar un uso más restringido de actividades que requieren, además, menos destreza tecnológica”. La autora asegura que “esta brecha de género puede convertirse en un factor significativo de ulterior marginalización, pues las TIC son la llave para participar en el mundo global del siglo XXI” (Castaño, 2008: 9).

Para cuantificar esta idea, cita un informe de Van Welsum y Montaigner de 2007 en el que se presenta un resumen de la posición de las mujeres en relación con las tres categorías propuestas por la OCDE en 2006 donde se afirma que el número de “usuarias básicas” no para de crecer, pero que el número de usuarias avanzadas sigue siendo escaso, en torno al 25% en USA y 20% en Europa, mientras que el número de “especialistas” decae hasta el 7% en USA, siendo cifras en estas dos últimas categorías, estancadas o en decrecimiento y compara este fenómeno con el vivido tras la invención de la imprenta, cuando el número de libros aumentó vertiginosamente, pero no todo el mundo tenía acceso a ellos y a esta ventaja, no sólo por el precio, sino porque el porcentaje de la población que sabía leer era aún muy reducido (Castaño, 2008: 30-31).

Bertomeu Martínez parte de la idea de que al ser una nueva dimensión social, la red no sólo no pone fronteras a nadie ni discrimina en un principio, sino que además se convierte en un espacio alternativo que supera los convencionalismos previos. “Las Tecnologías de la Información y la Comunicación –TIC, nos ofrecen la posibilidad de intervenir y participar en un nuevo espacio público, en Internet el medio en sí mismo crea un espacio propio un -meta espacio- genera un ámbito vivo y nuevo, sin fronteras, pues se crea a sí mismo en el intercambio producido por las personas que accedemos a la red” (Bertomeu, 2006,89). Considera que la red supone una manera de interactuar diferente, que permite explorar territorios y expandirse como nunca antes el sistema había permitido. “Una nueva forma de relación abre grietas en las estructuras de poder tradicionales, aparecen nuevas situaciones que se viven como un reto, los colectivos reclaman su identidad frente a la mundialización”. Según Bertomeu, para comprender el papel de la mujer ante la sociedad de la información, “es necesario analizar nuestra relación con la tecnología, desvelar los supuestos miedos ante las máquinas y devolver la visibilidad de las mujeres en la ciencia y la tecnología”. Muestra escepticismo a la hora de aceptar la tecnofobia como una característica propia de la mujer, afirmando que se trata de un discurso machista que cree que la ciencia gira en torno al hombre. “Cuando se habla de la tecnofobia en las mujeres, se nos remite a una idea que está enraizada en una supuesta ausencia de cultura técnica, que la ciencia establecida, el discurso científico androcéntrico”. Considera ante todo que es una premisa incorrecta, por error u omisión, que trata de desprestigiar el rol de la mujer. “Es un paradigma falso, que se basa en el desconocimiento, o ausencia intencionada de la presencia de las mujeres y sus obras en los ámbitos científicos y tecnológicos” (Bertomeu, 2006: 90)

Centrándonos en la red y en los nuevos sistemas de comunicación, Bertomeu destaca el papel de intermediaria y de vínculo entre las relaciones grupales que ha ocupado la mujer en la historia de la sociedad, denunciando que al tecnificar esta dimensión comunicativa, el sistema la ha masculinizado, por lo que corresponde a la mujer recuperar ese papel que ha desarrollado históricamente. “Estamos recuperando espacios que ya antes eran nuestros. Se nos asignó el lugar del lenguaje, la comunicación y las relaciones del grupo, dentro de él y con el exterior. [...] La comunicación ha estado socialmente asignada a las mujeres, cuando los saberes se instrumentalizan y objetivan, se institucionalizan, adquieren un discurso diferente de cómo deben realizarse y un instrumental específico, es decir, se masculinizan”. Añade que esta masculinización es, en cierta medida, una injusticia social ya que la herencia tecnológica que acapara el hombre no la recibe por mérito propio, sino por la fuerza de la costumbre, ya que se produce “por asignación social, no por transmisión social”. Igualmente considera que la filosofía de funcionamiento de

la red, el hipertexto, el saltar de un plano a otro, el cambio de escenario (lo que denomina *agenda* compleja), está más próximo al esquema de funcionamiento del cerebro femenino que del masculino. “Así se puede explicar, porque las mujeres cuando entran en la red la utilizan prioritariamente como medio de comunicación” (Bertomeu, 2006: 91).

Bertomeu fija cinco puntos sobre los que se puede basar la existencia de la brecha digital de género (Bertomeu,2006: 91):

1. Posición laboral y social de las mujeres. Están menos incorporadas al empleo que los hombres.
2. Las mujeres trabajan en entornos menos informatizados que los hombres.
3. La diferencia de ingresos con los hombres.
4. Las diferentes disponibilidades de tiempo libre de hombres y mujeres también influyen en las diferencias de acceso y uso de Internet.
5. Las mujeres perciben menos utilidad de Internet que los hombres o que les interesa menos que a ellos.

Igualmente, señala la necesidad de legislar una serie de medidas y políticas que frenen esta tendencia y permitan un acceso más igualitario a Internet (Bertomeu,2006: 95):

- Una intervención transversal (mainstreaming), que incluya el enfoque de género y las TIC como elementos integrales.
- Un Plan de Formación digital para mujeres, una acción positiva dirigida a cerrar la brecha digital e incorporar a las mujeres a la SI.

5. LA BRECHA DIGITAL ENTRE JÓVENES.

Como defendimos en Ciberantropología, cultura 2.0, la gravedad de la brecha entre iguales y de los estragos que puede crear en un segmento social determinado. “Es más preocupante la brecha digital entre los grupos de iguales que entre generaciones distintas. Lo grave es la brecha que hay entre los propios jóvenes, que va a crear en el futuro estamentos sociales bien diferenciados: la élite online y los nuevos parias offline”.

David Alandete también se percata de esta situación y nos previene: “hay jóvenes que dominan a la perfección los programas de chat y las redes sociales pero no saben cómo mandar un currículum en condiciones a través del correo electrónico. Son los marginados de la red, y ante una tecnología rápidamente cambiante, corren el riesgo de quedarse atrás” (Alandete, 2010). Castaño defiende la necesidad de un uso precoz para garantizar una correcta integración social y tecnológica y afirma que “el uso del ordenador, o cualquier otra tecnología, a edades tempranas ejerce una enorme influencia sobre las actitudes de los individuos ante las tecnologías, así como sus habilidades tecnológicas” (Castaño, 2008: 26). Kelley Ellsworth, directora del centro de formación de Byte Back, en un barrio desfavorecido de Nueva York, declara que “los casos más preocupantes que me encuentro aquí son los de los jóvenes que vienen y creen que están muy versados en informática e Internet, pero ignoran que en realidad son unos analfabetos digitales [...] Es gente que viene y se maneja como nadie en el chat, que controla todas las redes sociales y tiene perfiles en decenas de sitios web. Pero que no es capaz de abrir un documento de texto y formatearlo o que no conoce las reglas básicas de enviar un correo electrónico para pedir trabajo, gente con direcciones de correo que te sacan los colores, o que no sabe ni siquiera pasar un corrector de ortografía a un documento” (Alandete, 2010).

6. BRECHA DIGITAL Y BRECHA LABORAL.

¿Podemos intuir una división social que separe a aquellos tecnificados de los que no lo están? ¿Se puede hablar de una tecnocracia propiamente dicha, o más bien debemos conformarnos con que aquellos que manejen los requisitos de la nueva sociedad, simplemente, tengan acceso a una mejor oferta laboral? Apostamos por la existencia de esta escisión social, que separa los tecnificados de los que no están y no podemos negar su importancia, y quien no domina este campo, queda fuera de juego. No estar al día excluye social y laboralmente.

Moos Kanter nos habla de la aparición de una nueva clase, la “world class”, y lleva el debate más allá de la distancia entre clase dirigente y clase obrera, estableciendo el enfrentamiento entre locales y cosmopolitas. Para ella, la diferencia está en número de kilómetros recorridos, ya que esta nueva clase social que ella propone supone un cambio actitud, una nueva forma de ver la estructura social de la humanidad. Como requisito para acceder a esta “world class”, hay que soportarse en tres activos intangibles (las tres ces): “conceptos [mejores y más recientes ideas], competencias [ser capaz de dominar

situaciones en cualquier lugar y momento] y contactos [una red social fuerte y pertinente]” (Moss Kanter, 2000: 20-30).

La misma autora reflexiona sobre cómo la informática, las comunicaciones, los viajes y el comercio se están transformando hasta tal punto que los regímenes políticos más cerrados están cayendo ante esta innovación, lo que está llevando a un nuevo orden interplanetario, en el que la información es conocida de manera instantánea, los modelos locales se están agotando en busca de modelos transnacionales, y donde el ciudadano se ve obligado a asimilar estos cambio para no quedar *offline*. Considera que hay que partir de cuatro puntos básicos (Moss Kanter, 2000: 20-47):

- Pluralismo: el centro no aguanta.
- Simultaneidad de la información mundial.
- Estandarización y modelos mundiales.
- Hay que abordar y superar la resistencia al cambio global.

7. EL GRAN DESAFÍO: LA EDUCACIÓN.

Decía Horace Mann, el primer gran defensor de la educación pública, que la educación, más que cualquier otro recurso de origen humano, es el gran igualador de las condiciones del hombre, el volante de la maquinaria social. Sin embargo, la educación no es un recurso homogéneamente repartido. Incluso en áreas desarrolladas, donde la escolaridad es plena, hay bolsas de exclusión, y enrevesando aún más la situación, hay áreas del conocimiento que son marginadas. Incluso en capas culturales favorecidas. Ante esta problemática, urge buscar una respuesta rápida, para evitar esta fractura social, para equilibrar una balanza humana en la que los más desfavorecidos se hundan aún más abocándolos al fracaso social y laboral. Y al hablar de desfavorecidos, no nos referimos únicamente a factores económicos, sino culturales y/o sociales.

Una serie de autores y magnates de contenidos se han mostrado pro-tecnología en aula. Rupert Murdoch, presidente de News Corporation, se muestra mucho más optimista con la llegada de estas tecnologías y considera que “el desafío de Internet es la educación y que no tiene sentido que en la época de Internet los alumnos aprendan quebrados todos de la misma manera”. El magnate mediático recuerda las transformaciones infinitas que se han logrado en medicina o en los medios de comunicación, pero que en educación,

sin embargo, “las escuelas siguen casi como en la época Victoriana, con una pizarra”. No rechaza la figura del docente ni la sustituye, pero sí afirma que este debe utilizar la informática para mejorar su labor: “la tecnología no sustituirá al profesor, pero sí puede volverlo más creativo”. Argumenta que si el comercio y la empresa se están especializando ofreciendo un producto a medida de cada consumidor, la educación debería igualmente adaptarse a cada tipo de alumno para alcanzar el éxito. No oculta su entusiasmo por las nuevas tecnologías y la necesidad de aplicarlas a la escuela: “Las escuelas deben liberar todo su potencial digital” (Jiménez Barca, 2011). Por lo tanto, si el futuro próximo, y el presente necesitan de tecnologías de la comunicación ¿por qué la escuela, motor de cambio, no las asimila? ¿Por qué la institución escolar se afana en perpetuar un modelo de sociedad ya caduco?

Gonzalo Alonso, ex directivo de Google y autor de “la revolución horizontal”, refuerza esta última idea afirmando que “sentimos pánico a la tecnología. Sacar a la tecnología fuera del aula, es dejar a la educación fuera del mundo que vivimos”. Recordando las dimensiones de Facebook, añade que “no podemos obviarlo, sino integrarlo dentro de la clase; o eso o nos quedamos fuera” (García Ajofrín, 2011). Estas declaraciones fueron realizadas en el “XI Congreso de Escuelas Católicas: el liderazgo educativo, motor de cambio”, celebrado en Madrid los días 23, 24 y 25 de noviembre de 2011. En este mismo foro participó también Marc Prensky, quien nos alertaba del cambio que estamos viviendo, y de la evolución del mismo, haciendo hincapié en la necesidad de introducir la tecnología en el aula: “el cambio que estamos viviendo es rápido, pero aún lo será más, y mientras los alumnos de hoy han nacido con la idea de cambio rápido, nosotros le tenemos miedo. Debemos perderlo y motivar a los alumnos, inculcarles el amor por aprender, avanzar hacia el futuro sin olvidar el pasado, aprender a usar la tecnología de forma eficaz en la práctica docente, y tratar de mejorar”.

Carlos Alberto Scolari, investigador, profesor universitario y especialista en web 2.0, en su conferencia “Los Ecos de McLuhan” , afirma que “lo que está pasando es que llegó la tecnología digital, acompañada de la tecnología en redes, desde hace 20 años, lo que es nada -unos 7 mil días más o menos-, y está transformando todo nuestro entorno” (Scolari, 2011). El ritmo con el que la sociedad digital ha impactado en la sociedad industrial precedente ha afectado a la escuela, que “son instituciones creadas hace 200 años, después de las revoluciones francesa e industriales, una escuela focalizada en un saber que estaba en el libro, una escuela pública que favorecía el alfabetismo, pensada para una sociedad industrial”. Scolari sigue criticando este anacronismo del sistema educativo, que genera una serie de tensiones entre un modelo arcaico que pretende perpetuarse y un modelo moderno que trata de imponerse, ya que

para él se trata de “una de las instituciones que más le cuesta quizá adaptarse a esta nueva realidad, y bueno eso genera tensiones, sobre todo dentro de la escuela, los chicos son inquietos porque la institución nos los contiene, la realidad de los chicos cuando salen de la escuela es totalmente diferente. Yo creo que la escuela falla en eso, en adaptarse a esa realidad” (Scolari, 2011).

Además del sistema en sí, critica la figura del docente, apoltronado y con miedo al cambio y a una tecnología que el discente controla mejor que el docente. Afirma, no obstante, que no hay que abusar o exclusivizar el uso de la tecnología, pero que hay que contar con ella, ya que si “en los años sesenta la televisión era un monstruo que había que mantener lejos del aula, no significa ver ocho horas de televisión dentro de la escuela pero ciertos contenidos se explican mejor en un video de diez minutos que leyendo veinte páginas. Ahora tenemos otra tecnología que genera terror porque justamente el maestro no la domina, el chico la maneja más que el maestro y eso un poco rompe la relación de poder que estaba establecida. Yo creo que hay que formar una nueva generación de maestros, con otro tipo de mentalidad” (Scolari, 2011).

Por otra parte, otros autores se han mostrado, si no pesimistas, si más recelosos con lo que las TIC pueden ofrecernos y lo que realmente necesitamos. Tal y como mantuvimos tras la publicación de Ciberantropología, Cultura 2.0, destacamos la importancia de una base sólida: “la formación de la persona es imprescindible, tanto en Internet como en la calle. La ignorancia nos convierte en seres débiles, [...] en carne de cañón en el exigente mercado laboral. No obstante, esta formación ciudadana básica está en franco peligro y en una situación de debilidad ya que una parte importante de los alumnos que termina la educación secundaria obligatoria lee con dificultades y un número preocupante no entiende lo que lee”. Asimismo añade que la principal problemática no es sólo la falta de formación tecnológica, sino la falta de un bagaje cultural general, lo que dificulta la formación integral de la persona: “el problema es más la escasa formación general que la formación tecnológica”.

También podemos entrar a pedir explicaciones en el mercado de los aprioris. A priori la entrada en el aula de estos medios era buena, a priori sería una mejora para todos. Sin embargo no es tan sencillo. William H. Dutton, director del Oxford Internet Institute de la Universidad de Oxford, reflexiona sobre la efectividad que tuvo introducir la televisión en el sistema educativo y como se desinfló tras un primer momento de euforia: “Se esperaba que la televisión revolucionara la educación y el aprendizaje, igual que muchas otras tecnologías de la información y la comunicación que surgieron antes y después” (Cobo Romani, 2011: 14) Sin embargo, Dutton, en un arranque de prudencia

afirma que hay que observar “más de cerca lo que los niños ven en TV y cómo los padres hablan con sus hijos sobre esos programas”. Comparando con nuestros días y lo que está suponiendo la entrada de Internet en la escuela, analiza la posible barrera que se forma, a modo de anticuerpos, por los medios más tradicionales y anotan que “en la era de las redes, Internet está generando expectativas similares a la televisión en cuanto a transformar la educación. No obstante, está encontrando más resistencia en los hogares e incluso más barreras en muchos círculos de la educación formal. Con frecuencia es visto como competidor de otras ya probadas y reales tecnologías educativas, como el libro. Los mensajes de texto a menudo son considerados como un deterioro para la ortografía y la gramática. De hecho, la preocupación por Internet y las tecnologías relacionadas es tan grande que supera la inquietud acerca de la televisión y su impacto en el aprendizaje” (Cobo Romani, 2011: 14).

De la misma manera, anota como factor de rechazo el miedo que padres y educadores pueden mostrar ante la libertad de contenidos que ofrece la red y cómo conseguir limitar este caudal de recursos hacia un plan curricular más estandarizado. “Aquello con que interactúan los niños a través de Internet está menos sujeto al control de las familias, escuelas, bibliotecas y otras instituciones educativas. Los niños lo utilizan de manera más individualizada, a menudo de forma privada, lo que dificulta a los padres saber lo que sus hijos ven o hacen en línea” (Cobo Romani, 2011: 14).

8. A MODO DE CONCLUSIÓN.

Por lo tanto, a modo de conclusión, queremos lanzar una reflexión sobre esta brecha entre iguales por ser una perversa generadora de desigualdad prematura. Los adolescentes implicados en la sociedad de la información que se está conformando en estos tiempos serán los parias del mañana si quedan excluidos, sea cual fuere la razón, de este proceso tecnificador. Cuando Prensky popularizó el concepto de nativos/inmigrantes digitales ofreció una herramienta populista, tremendamente mediática y eficiente para los dirigentes sociales. Sin embargo, basta profundizar un poco en las relaciones entre los jóvenes y los dispositivos que la sociedad de la información pone a su alcance para darnos cuenta de que una fecha de nacimiento, tal como proponía Prensky, no es suficiente para explicar la lógica que rige esta relación. Se hacen necesarios planes de actuación y formación para que la tecnología, esta vez, sea útil a todos. Este quizá sea uno de los retos con que se encontrarán los gobiernos que pugnen por estar en los vagones de cabeza del convoy que nos conduce hacia el futuro.

9. BIBLIOGRAFÍA.

Alandete, David (2010). Internet también crea marginados: la brecha digital se ceba con pobres, mayores y población rural - No tienen acceso a gestiones que se han mudado al 'ciberespacio'. En *El País*, 26/01/2010: <http://elpais.com/diario/2010/01/26/sociedad/1264460401_850215.html>. [Consulta: 15-01-2015].

Ballester, F. (2002). *La brecha digital. El riesgo de exclusión en la Sociedad de la Información*. Madrid: Fundación Retevisión.

Bertomeu Martínez (2006). *La Alfabetización tecnológica es una herramienta para la equidad: la brecha de género y sus retos*. En libro de actas del II Congreso Internacional de la Alfabetización Tecnológica. Badajoz, pp. 88-101.

Castaño, C., coord. (2008). *La segunda brecha digital*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Cobo Romani, Cristóbal; Moravec, John W. (2011). *Aprendizaje Invisible. Hacia una nueva ecología de la educación*. Barcelona: Colección Transmedia XXI. Laboratori de Mitjans Interactius / Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona

García-Ajofrín, L. (2011). *Hacen falta docentes Twitter*, periódico escuela de 1 de diciembre de 2011 (<www.periodicoescuela.es>).

Grillo, O. (2007). Internet como un mundo aparte e Internet como parte del mundo, para *Dossier de Nuevas Tecnologías*. Buenos Aires: Subsecretaría de Industrias Culturales.

Harris, M. (1990). *Antropología cultural*. Madrid: Alianza Editorial (original de 1983).

Jiménez Barca, Antonio (2011). Rupert Murdoch: "El desafío de Internet es la educación". En *El País*, 24/05/2011: <http://tecnologia.elpais.com/tecnologia/2011/05/24/actualidad/1306227665_850215.html>. [Consulta: 15-01-2015].

Majó, J. (1997). *Chips, cables y poder: la clase dominante en el siglo XXI*. Barcelona: Planeta.

Mendoza, Luis Manuel (2011). La escuela no se ha adaptado a la realidad tecnológica: Scolari. En *Youtube*, 2-06-2011:
< <https://www.youtube.com/watch?v=WR3lO1i5dag>>. [Consulta: 15-01-2015].

Moss Kanter, R. (2000). *La nueva clase directiva mundial (World Class) Proceso local en una economía global*. Barcelona: Paidós.

Requena Santos (2008). *Redes sociales y sociedad civil*. Madrid: CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas).

Tezanos, J. F. (2001). *La sociedad dividida. Estructura de clases y desigualdades en las sociedades tecnológicas*. Biblioteca Nueva: Madrid.